

Pensé yo que era el único mirón cortesano, y el primero y el último que había hallado este alto modo de recrear el entendimiento; pero al fin los pensamientos de los hombres se encuentran , y ninguno puede decir con verdad que es peregrino y singular.

Esa opinión es tan probable, que tiene vuesa merced a su lado otros dos eminentísimos mirones, el señor Mauricio y el señor Felino, cualquiera dellos curioso filósofo de la vista.

Con toda reverencia los saludo, y sin ser esto hacer examen (que no me atreviera yo a tan difícil empresa), pregunto al señor Felino qué cosas mira y de cuáles se admira; porque quien no junta estas dos partes, indigno es de tan grave título; que hacer empleo de los ojos en nada que no levante la consideración del entendimiento, carece de alabanza, y es poner la ocupación en el ocio, pues la parte más principal queda sin ejercicio.

En cosas muy menudas, y que otros, por humildes, las dejaran despreciadas, suelo hallar yo admiración, y este es el ingenio, que en las que por su exterior grandeza llevan consigo la recomendación de admirables, aun al más rústico aldeano levantan el espíritu , que ofrece alabanzas, con la lengua, públicas, o con el corazón, secretas, al ingenioso y liberal artífice. Suelo yo admirarme mirando un estampero, que con veinte reales de mercadería, empleados parte en estampas, parte en coplas de ciego, come, viste, paga casa y aun le sobran dineros; y, por el contrario, un mercader, grande ministro de telas y brocados , morir de hambre, como Midas, entre el mismo oro; y considerando yo estos juegos de la fortuna, escarmiento en sus desprecios y piso sus altiveces.

Considera vuesa merced con mucha prudencia; pero pregunto: ¿no le admira, sobre todo el mirar, que aquí nada admira?

Sí; pero el ver cuan aprisa mejoran los hombres de puesto , y que con la misma violencia vuelven a perdelle, siendo el daño del particular consuelo del pueblo en común, me admira, con el último extremo, y más que todo el ánimo de los que, siendo malquistos, duermen seguros sobre las injurias de tantos.

Bueno, señores mirones; gente son vuestas mercedes (y hablo con propiedad) de grande miramiento; yo, para pudrirme, uso, no del sentido de la vista, sino para deleitarme. Miro, pues, las mañanas de Mayo salir al campo tanta hermosa dama a desafiar a las flores que en él nacen , porque por mayor gloria suya las quieren vencer cuando están con tantas ventajas, pues les dan la batalla dentro de su misma casa. Contemplo unas doncellonas opiladas, no del barro que comen , sino del marido que les dilatan , y que si les diesen en vez del acero un novio al lado, traerían ocupado el vientre de huésped , más provechoso a su salud y al aumento del linaje humano; miro las madres que las acompañan, muy puestas en llevar de memoria el orden que dio el médico, sin consentir que se exceda: acusan en sus hijas con rigor las propias mocedades que hicieron cuando eran de su edad, sobre la contienda se disgustan, de donde se sigue volverse la enferma a casa descontenta y haber sido la medicina más dañosa que útil.

Tal es comunmente el ingenio de las mujeres; pero nada me admira a mí más como el ver que aquí todos somos ladrones los unos de los otros; porque lo que el tabernero hurta al mercader en la mala medida, él se lo roba a él en el engaño que le hace en la mercadería. El carnicero, al solicitador, le engaña en el peso, y el

solicitador al carnicero en los pasos que da en su negocio, contándole cuatro por medio. Vos, que deseáis hablar bien, sois ladrón de las frases de vuestro vecino, porque las que tiene son elegantes, y el que desea ser airoso y galán (porque sois en esto perfecto) os roba el brío y las acciones, de modo que yo pienso que en esta parte los cortesanos quedamos iguales, y no es menester que nos hagamos restitución los unos a los otros.

Vuestra admiración me satisface, pero escuchad. Suelo yo pasar por esa puerta de Guadalajara y quedarme suspenso por largo espacio viendo trabajar a muchos oficiales con vestidos de seda, llenos de tanta guarnición, que no los sacan mejores en sus bodas muchos caballeros de ciudad; rózase allí la seda con la seda en servicio de sí propia, y parece que, como tanto la tratan, la desestiman, de modo que los que della son ministros, son también señores, y más se sirven della que la sirven.

Suspéndeme infinito, y justamente me suspende el ver en Madrid tanto edificio nuevo, y luego ocupado, nácenle cada año nuevas calles; y las que ayer fueron arrabales, hoy son principales, y tan ilustres, que aquí está la elección ociosa, porque todo es igual. En cualquier rincón veréis mujeres que sus caras agradan y su compostura admira, de modo que en Madrid aún no se consiente el desaliño en los rincones.

Una sutil admiración quiero comunicaros: nada me admira más que el ver tales demandas fingidas y logradas. Yo conozco una mujer que ha veinte años pide para el rescate de su padre que está cautivo, y a título desta falsa esclavitud pasa su vida ociosamente, y se debe de haber comido los más años cantidad que bastara a ser rescate de un hombre de bien, y que fuera útil a la república, siendo su estómago avestruz de rescates y un Argel de cautivos, pues por lo que él ha comido con ociosidad y glotonería, están ellos detenidos en miserable y desesperada prisión. Otro pedía un coche prestado, que ya esta era demanda y fundamento de muchas; ocupábale de algunas amigas de buen parecer, y paseándose con ellas las calles públicas, pedía a todas las personas de buen hábito que encontraba para ayuda a pagar aquel coche que había comprado, como si fuera vestido o lámpara de imagen; dióse tan buena diligencia, que con el dinero que juntó en un mes pudiera pagar la carroza y caballos del sol. Mas como la flor se hiciese común, por dar en manos de otras, cansó el lugar y vinieron a quedar igualmente despreciadas y corridas. Pero para qué reduzco mi discurso a tan breve campo? Tantas demandas andan por el lugar como mujeres, porque todas piden, y algunas con tanto rigor, que parece que aquella demanda pasa ante la justicia, y hacen fuerza lo que no tiene más fundamento que ser cortesía y gracia.

Nobilísima admiración recibo cuando miro aquí tantas naciones diversas en lengua y traje, y aun opuestas por sus mismos climas, vivir en pacífica correspondencia. ¿Qué Orfeo canta en medio desta bellísima población que tiene unidos en paz los lobos y los corderos? ¡Oh, epílogo del mundo!, quien sabe examinar tus maravillas, y pasea tus calles, como con los pies con el entendimiento, sin hacerse ridículo, podrá decir que ha dado vuelta a todo el orbe.

También vos os ponéis en chapines y desvanecéis el discurso; bajémonos un poco. Cuatro repúblicas, todas compuestas de humildes

miembros, admiro yo para mi entretenimiento en este lugar. Una es la de las mujeres placentas, comunmente llamadas regatonas, a quien, sin ofensa de su decoro, llamo república libre; éstas, pues, senadores de la insolencia y magistrados del licencioso lenguaje, me entretienen cuando sobre pequeños intereses se dan la batalla. Tened por infalible que cuando yo veo armada la cuestión dejaré el lado de cualquier gran señor por detenerme a oíllas, porque la plaza de Madrid es teatro admirable, y para representantes de un entremés ningunos mejores ni más entretenidos.

Compañeros tenéis en tan buen gusto; yo no me aparto hasta que las veo tirar las pesas, y, según las razones que se dicen, aquello es lo menos pesado que pasa entre ellas.

Suelo yo reirme mucho cuando, después de haber hecho una destas cien pesos falsos en un día, llama un ciego y le hace que rece una oración por las ánimas del purgatorio, como si la suya, que está ya en el infierno, estuviera capaz de tener correspondencia con ellos. Si oye rezar la pasión de Cristo, se entornece y llora con los ojos, al mismo tiempo que está robando con las manos; y, finalmente, ellas son tales que engañan a los dispenseros sucesores de Judas; con que he llegado al mayor de los hipérboles.

La otra república es la de los ciegos recitantes y cantores de coplas; ésta la llamo yo la desalumbrada, así porque están privados de la vista corporal, como ellos dicen, y con ella del gozo deste hermosísimo planeta, fuente de luz, como por los graves desalumbramientos y errores que en sus coplas dicen. Sus muchos visajes y grande satisfacción con que procuran darse a entender, harán cosquillas a un tahúr después de haber perdido su dinero, aunque digo mal, que quien se ocupa en el juego no puede alcanzar tan buen gusto; éstos tienen mayor potestad que un eclipse, porque cuando quieren que haya habido mortandad en el reino de Persia, la fingen, debiéndoles agradecer mucho que se van a matar lejos de nosotros, y que aun en aquella invención no quieren darnos parte. Sacan las mentiras de molde y admiran los labradores de la comarca, que estas son las historias en cuyo estudio se ejercitan. Dejaldos vivir con su ingeniosa pobreza, y agradeceldes que busquen con trabajo de cuerpo y espíritu el sustento que les habíamos de dar de limosna. Haced apologías contra otros que sean más sabios o más valientes, para que así os puedan responder, o con la pluma o con la espada.

Llamo yo tercera república...

Llamad vos como más fuéredes servido, que por ahora habéis de entretener vuestro discurso; a mí me llama otro de mayor importancia. Prevenid lágrimas y sentimiento, pues sois sabios, y como tales deseosos del bien común. Poned los ojos en el premio de tantos indignos, y en el olvido de infinitos varones eminentes. Crecen los edificios, auméntase el número de los ciudadanos y la corona de la virtud es menor cada día. El gasto opulento, la soberbia pompa, sólo debida al decoro, a la deidad terrena de los reyes, hoy se desprecia, hoy se profana. Las honestas vírgenes, que mientras dieron a la belleza corporal con la virtud del ánimo más lucidos resplandores, no hallaron esposos, que sin reparar en su pobreza fuesen premio de su castidad y abrigo de su desamparo. Después que, obligadas de la miseria de su fortuna, aplaudieron al torpísimo deleite de de los que haciendo al oro esclavo de sus

vicios y tirano de las virtudes compraron con él su honestidad, entonces, al nombre de la riqueza, hallan muchos que las ayuden a llevar el peso de la infamia; parece que con esto se pone a la culpa alas, a la sinrazón espuelas, y que todos consentimos en este vil ejercicio. Duérmense las leyes, o por lo menos callan, porque la costumbre que las deroga y destierra a todas, se opone , se atreve a su resistencia.

Escuchad, por Dios; ¿adónde os lleva el enojo?; ¿por qué tomáis la parte que no os toca? Advertid que habéis traducido nuestras razones familiares en reprensiones severas , y que estáis en la calle y no en el púlpito.

El conocimiento de los errores de la república y su justo desprecio y aborrecimiento, no es de jurisdicción particular.

Así es verdad ; pero no podéis negarme que tan pública censura requiere años más graves que los vuestros y vida más acreditada; que los consejos, aunque sean más provechosos, se hacen ridículos en quien aconseja que se obedezcan desobedeciéndolos.

Ofenderme a mí en particular por la defensa de lo que en común dije y a vos no os lastima, es querer apresurar los pasos mesurados de mi modestia, y dar ocasión a que responda la cólera en boca donde siempre estuvo la cortesía.

Escuchad al oído, Roselio. Sabed que, aunque sin intento malicioso, le habéis herido a Felino cruelmente, porque tiene dos hermanas que se acuerdan de haber sido vírgenes y quieren que nos olvidemos de que no lo son. El se va y sin despedirse; grandes señales de nublado.

Antes de ese modo se despide de una vez para toda la vida, y os aseguro que, después que soy mirón cortesano, ningún día he hallado tanto que mirar con admiración como hoy, considerando que se ocupe en ser mirón un hombre que es tan para mirado de los mirones, pues quien tiene de sus puertas adentro tantas manchas que lavar, no sé yo por qué jabona las de su prójimo, dejándolas con esto más manchadas.

¡Bueno, por vida mía! ¿Luego pensáis que ninguno es tan libre mirón que deja de tener algo en que repare la vista de los otros? Pues para que salgáis de ese engaño, miraos a vuestros pies, que los tenéis tan grandes que bastaban para testigos de vuestra ignorancia, cuando no hubiérades hablado tantas.

Eso os deben agradecer los que fueron mirones de vuestra persona, que no habrán menester bajar la vista a buscaros la falta a los pies, porque la encuentran en la cabeza.

Teneos por Dios, no desnudéis las espadas; mas este negocio está en estado que no tiene otro medio. Siempre conversaciones tan perjudiciales tuvieron los fines tan infelices.

Yo desde luego te doy mi bendición para que, con la de Dios y con ella, salgas bien de todas las aventuras cortesanas.